

atravesada por los orígenes sociales que reforzaron en muchos de ellos y ellas una conciencia y una cultura de clase.

Finalmente, el libro muestra que la heterogeneidad es consustancial a la clase. Lejos del relato de una clase obrera blanca y masculina, Todd penetra en el interior de las fábricas y los barrios y amplía los contornos de nuestro entendimiento sobre la misma. Un lugar destacado en este análisis lo ocupan las actitudes sociales, que lejos de ser unívocas fueron amplias y variadas, ante la raza. Así lo demuestra en el abordaje de las relaciones entabladas entre las madres negras y blancas que llevaban a sus hijos al mismo colegio y que para ellas significó un proceso de enriquecimiento cultural. La relación entre clase y raza también es analizada en el ciclo huelguístico de 1968-1977, donde muchos trabajadores migrantes que habían ejercido papeles de dirección en sus países de procedencia utilizaron su experiencia en huelgas como la de Grunwick en 1977. El otro elemento central de este problema son las mujeres trabajadoras y su rol fundamental en la construcción de lazos comunitarios, como en los episodios de la conflictividad social y laboral.

En definitiva, el trabajo de Todd ofrece un retrato vívido y exhaustivo de la clase en un diálogo constante y creativo con la propuesta historiográfica desarrollada por Edward Thompson. De esta manera, nos permite reponer la centralidad que ostentó, y ostenta, la identidad de clase –como punto de convergencia y aglomeración de otras identidades (de género, étnicas, generacionales y culturales)– a partir de un diálogo permanente entre la historicidad de los procesos sociales y las necesidades de hacer más inteligible nuestro presente histórico.

**Rodrigo López**

Universidad Nacional de Rosario - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

\* \* \*

**Thomas Piketty, *Capital e ideología*, Buenos Aires, Paidós, 2019, 1248 pp.**

Luego del resonante impacto a nivel *best seller* de *El capital en el siglo XXI* (publicado en 2013), Thomas Piketty retoma el debate sobre la desigualdad social con la reciente publicación de *Capital e ideología* (2019). Se trata de una monumental investigación de más de 1000 páginas donde el economista francés propone un análisis a nivel global y transversal en términos históricos. Al respecto, Piketty anuncia en el prólogo de *Capital e ideología* que, de esta manera, buscó subsanar dos de las principales limitaciones de su obra prima: por un lado, el estudio de la desigualdad centrado sobre todo en Europa occidental y Estados Unidos; por el otro, la tendencia a tratar los cambios políticos e ideológicos y la redistribución como una especie de “caja negra”.

Con estas inquietudes, *Capital e ideología* aborda los “régimenes de desigualdad” correspondientes a distintas sociedades, buscando explicar los discursos y mecanismos institucionales que justificaron y estructuraron las desigualdades en cada caso. Según Piketty, el concepto de régimen desigualitario engloba tanto al régimen político (el poder sobre las personas) como al régimen de propiedad (el poder sobre las cosas y, a veces, los individuos). En la mayoría de las sociedades antiguas, ambos se presentaban de forma conjunta mientras que, en la modernidad, el poder político se encuentra escindido del económico, posibilitando a su vez la aparición de derechos políticos individuales (no obstante se mantienen las reglas constitucionales que preservan la propiedad). En esta dirección, el autor sostiene que todo régimen desigualitario reposa, además, sobre una teoría de las fronteras y una teoría de la propiedad.

El otro gran concepto que vertebra el análisis de Piketty es la “ideología”, entendida como un conjunto de ideas y discursos que describen el modo en que debería estructurarse una sociedad; en otras palabras, la ideología podría equivaler a la visión que tiene una comunidad determinada sobre la justicia social. Desde esta perspectiva, la ideología resume las diversas respuestas sociales frente a las cuestiones del régimen político y del régimen de propiedad, funcionando según el autor con una “verdadera autonomía” respecto a la dimensión económica. De esta forma, si bien ha reiterado numerosas veces su lejanía y ajenidad respecto al marxismo, Piketty formula una operativización de la categoría ideología que se contrapone con lo que identifica como “las doctrinas a menudo calificadas de «marxistas»”, vinculadas al planteo relacional-causal “base-superestructura”: las leyes económicas naturales y estructurales determinarían la superestructura ideológica, política y cultural, anulando por lo tanto la acción subjetiva; los sujetos serían, en última instancia, portadores de categorías económicas, quienes realizan el movimiento de las leyes sistémicas. Cabría acotar que, en realidad, se trata de una visión vulgarizada por el estado soviético, bajo la burocracia estalinista.

Como “antídoto” frente al llamado mesianismo revolucionario del siglo XX aunque también frente al conservadurismo elitista, la apuesta teórica de Piketty consiste en demostrar mediante el análisis transhistórico y global que la desigualdad, lejos de ser económica o tecnológica, es ideológica y política. Para ello, utiliza dos tipos de fuentes, de distinta naturaleza. Por un lado, se vale del “lenguaje matemático” a través de la World Inequality Database (WID), una base de datos construida por más de cien investigadores y que abarca unos ochenta países de todos los continentes. Allí se mide la evolución histórica de las desigualdades de renta y de riqueza entre países y dentro de ellos, permitiendo un abordaje en clave histórica, comparada y multidimensional e incorporando aspectos como el género, la edad, la educación, la religión, etc. El segundo conjunto de fuentes comprende el “lenguaje natural” de la ideología, valiéndose de la jurisprudencia, los artí-

culos de opinión, los debates parlamentarios, las plataformas partidarias, entre otros materiales, así como también los textos teóricos de actores políticos. Mediante su análisis, el autor propone estudiar la evolución de la ideología así como las conductas sociales, institucionales y políticas frente a la desigualdad.

Es probable que, más allá del interés evidente para los especialistas de cada período histórico, el núcleo del debate que plantea Piketty está contenido en los últimos capítulos de la obra, relativos al siglo XX, así como en las propuestas finales, respecto a qué medidas deberían tomar los estados para morigerar la desigualdad contemporánea. Según el autor, sobre el telón de fondo de las dos guerras mundiales, la revolución bolchevique y la crisis económica de 1929, se promovieron una serie de transformaciones legales, fiscales y sociales, enmarcadas en el llamado “estado social”, las cuales redujeron las desigualdades, destacándose los impuestos progresivos sobre la renta y sobre las herencias. En contraste, a partir de 1980 se produjo una revolución conservadora (el neoliberalismo), cuya característica principal fue la desregulación social y financiera, recubierta por un discurso propietarista, empresarial y meritocrático. De esta forma, la libre circulación de capitales pavimentó una revolución fiscal conservadora, agudizando la desigualdad y provocando, en las últimas décadas, lo que el autor caracteriza como una mundialización hipercapitalista y digital, que se extiende hasta el presente.

En otro plano, una de las razones profundas que explican la desigualdad es la incapacidad de los partidos socialdemócratas para desarrollar un planteo programático a escala transnacional, relativo a la propiedad privada temporal y la progresividad fiscal. Según Piketty, es necesaria una transformación de la naturaleza de la propiedad privada hacia una forma de carácter temporal, es decir, aplicar una serie de impuestos a las grandes fortunas que permitan que cada individuo pueda acceder a una dotación de capital (en el sentido particular que le da el autor, en tanto stock de activos), generándose una “difusión patrimonial”. Las otras dos propuestas que completan la agenda del economista francés son, por un lado, la incorporación de más empleados a la dirección de las empresas y, por el otro, la creación de una federación de estados europeos.

En suma, quizás el mayor mérito de la investigación vertida en *Capital e ideología* sea demostrar, de forma inequívoca, que la desigualdad creciente entre ricos y pobres es el estado de cosas “normal” bajo el capitalismo; aquellos periodos de reducción de la brecha social, en todo caso, constituirían una excepción y no la regla. Una de las principales críticas que formularon autores como David Harvey o Adam Booth, en este punto, se refieren a la noción de “capital” utilizada por Piketty, asociada al stock de valores que son propiedad privada de los individuos, corporaciones y gobiernos, con independencia de su función dentro de las relaciones sociales.

Ciertamente, la definición de un concepto tan elemental como capital sigue implicando una disputa teórica, entre doctrinas del pensamiento económico (y no solo), así como también un contrapunto de carácter político,

en función de cómo una categoría determinada habilita una u otra lectura y tal o cual medida económica. Desde un ángulo marxista, si el capital, lejos de ser un stock o activo fijo, supone un conjunto de relaciones sociales de producción cuya reproducción se apoya, en última instancia, en la explotación del trabajo humano, entonces el diagnóstico sobre las crisis cambia de forma radical. Finalmente, cabría afirmar que el problema analítico sigue siendo cómo analizamos la disputa entre capital y trabajo en el marco de la excepcional crisis capitalista contemporánea, la cual plantea una reconfiguración de las relaciones sociales y, por ende, una agudización de la polarización y la conflictividad entre las clases.

**Walter L. Koppmann**

Universidad de Buenos Aires, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

\* \* \*

**Camillo Robertini, *Quando la FIAT parlava argentino. Una fabbrica italiana e i suoi operai nella Buenos Aires dei militari (1964-1980)*, Milán-Florencia, Mondadori-Le Monnier, 2019, 450 pp.**

*Quando la Fiat parlava argentino* es producto de los estudios de posgrado y del trabajo de posdoctorado realizado por Camillo Robertini entre dos países: Italia y Argentina. El joven historiador viene haciendo una apuesta algo novedosa en el campo de la historia oral en relación a la utilización de las redes sociales. Según manifiesta en la introducción, parte de su experiencia de investigación sobre el tema ha transitado por la recuperación de memorias en medios no tradicionales como Facebook y otros escenarios virtuales.

El libro posee una narración fluida ocupándose de un tema por demás interesante y de un periodo histórico con claras repercusiones en el presente. De este modo, invita a pensar dos ejes de discusión en nuestra historiografía, aunque sin dudas exceden el marco nacional: por un lado, el pasado reciente de la Argentina junto con las posibles vías de abordaje histórico de los procesos traumáticos y de la violencia política; por otro, el papel de la clase obrera durante los llamados “años 70” y la dicotomía tradicional que caracteriza su accionar como “resistencia” o “inmovilidad”.

A lo largo del texto existe una vocación de diálogo entre los campos de la historia y la memoria. El esfuerzo está puesto en recuperar las representaciones de los llamados “trabajadores comunes” (categoría nativa) en torno a las dos últimas dictaduras militares. En este sentido, la perspectiva de indagación se inscribe en los estudios sobre la denominada “gente común y corriente”: concepto difícil de asir, pero utilizado últimamente en la historia social.

La elección metodológica propone ir más allá de los cuadros revolu-